

es un fracaso. Está dentro de las posibilidades de un enorme mejoramiento. De allí que no nos véamos compelidos a continuar ese sistema tal como ahora existe, o a precipitarnos hacia el Socialismo. Hay una tercera alternativa, a saber: corregir vigorosa y aun radicalmente el sistema existente.

Y creo que esta será la única razonable elección, y el único resultado perdurable.

CAPITULO II.

MALES SOCIALES Y REMEDIOS

I.—Una requisitoria y un Veredicto.

Por Morris Hillquit.

Que el mundo necesita enmienda, es generalmente admitido. Es el convencimiento tácito desde el cual parten todas las modernas actividades sociales y políticas aun aquellas de carácter más conservador. Las divisiones en la opinión pública se alzan tan solo sobre el problema de la extensión del mejoramiento que se requiere y sobre los métodos para llevarlo a cabo.

Los políticos y estadistas anticuados, los filántropos convencionales y los ministros de la iglesia, dan por indiscutible que el orden social que prevalece es fundamentalmente firme, y que sus procedimientos son en absoluto justos y benéficos. Las pocas grietas sociales que ellos alcanzan a vislumbrar, las consideran como puramente accidentales, algo como una magulladura o un abceso molesto en un cuerpo sano.

Los más recientes reformadores políticos y los propugnadores de un mejoramiento social, tienen una más amplia visión sociológica, pero tampoco discuten el basamento del cuerpo social y político. La diferencia entre los más avanzados reformistas y los más conservadores "stand-patter", es solamente de grado y no de substan-

cia. El rasgo más resaltante del Socialismo como filosofía social, estriba en el hecho de ser más científico en su crítica y más radical en su remedio.

El Socialismo procede de un completo análisis de los resultados prácticos de las instituciones existentes, económicas, políticas y sociales. Rehusa considerar sus multiformes defectos como fenómenos inconexos y accidentales, y se esfuerza en determinar sus mutuas relaciones y en descucir su común origen. Su ataque se dirige principalmente sobre ese origen, sobre el error social fundamental, que es el principio y la raíz de todos los males de menor cuantía.

Los más serios problemas sociales con que se enfrenta la presente generación, pueden ser agrupados bajo cinco títulos, que juntos cubren todas las fases de nuestra existencia colectiva: económico, cultural, social, político e intelectual. De todos estos, el problema económico es con mucho el más importante, y merece, nuestra inmediata atención.

El rasgo sorprendente en el moderno plan de organización industrial en sus primitivas fases de desenvolvimiento, es la falta de método y la carencia de organización. En las más vitales funciones de seres humanos asociados, la "producción de la riqueza," que significa el proceso, para sustentar la vida, reina suprema la anarquía. Lo necesario para la vida y el confort de la comunidad, no se produce bajo un plan inteligente basado en las necesidades de la población y en la provisión eficaz de materias primas y fuerzas productoras. Se produce y se lanza desordenadamente al mercado por un indeterminado número de manufactureros individuales, competidores y desorganizados.

El sistema implica un insensato gasto de esfuerzo

humano, en la duplicación de fábricas y maquinaria, en ventas forzadas, en anuncio, y en otros factores improductivos de la lucha de la competencia. El trabajo es incierto e irregular: períodos de abrumadoras y febricitantes actividades, alternando con períodos de forzada ociosidad. La falta de plan y la eventual manera de producción se resuelve a menudo en escasez o en superabundancia de productos.

En el primer caso, el precio de los artículos se eleva a un grado que los pone más allá del alcance del consumidor necesitado, y en el último se vé la sociedad bajo la amenaza del más temido de los azotes capitalistas: la crisis industrial.

Cuando el mercado está abastecido con tal excesiva cantidad de mercancías, que los consumidores no se encuentran en posibilidad de absorberlas, se inicia la parálisis industrial. Las ruedas de la producción detienen su marcha y se obstruyen las arterias del comercio. Millones de trabajadores se encuentran sin trabajo; millares de negocios se derrumban. Hombres, mujeres y niños sucumben por falta de vestido y alimento, mientras invariablemente el alimento y el vestido se amontonan en cantidades prodigiosas, deteriorándose por falta de consumo.

El sistema de competencia entre el capitalismo privado, erige infranqueable barrera entre los trabajadores y su trabajo, entre el pueblo y su alimento.

Estos notorios defectos de la competencia en la manufactura y el comercio, conducen esencialmente a su parcial supresión. Los capitalistas comienzan a organizarse. El comerciante individual y el manufacturero se someten a la corporación, y esta última rápidamente se transforma en el más moderno de los monstruos industria-

les: el *trust*. Los trusts alcanzan éxito en eliminar algunos de los males de la desatentada competencia, pero exigen un precio terrible por el servicio. Con el control del mercado en cada industria importante, adquieren prácticamente irrestringido dominio sobre el obrero tanto como sobre el consumidor, y no vacilan en usar y abusar de ese dominio hasta el último extremo.

Los trusts cargan además, con la reputación de haber perfeccionado el más pernicioso de los modernos métodos de fraudulenta práctica financiera: la creación de "papeles mojados."—(1). Al crear por su simple mandato nuevos "valores," que reportan utilidades, "valores" que llegan a billones de dolares, imponen sobre el pueblo de su país un más pesado tributo que los órganos combinados del gobierno jamás se atrevieron a exigir.

Y la nación, como se haya al presente organizada, se encuentra desamparada delante de ellos. Ninguna denuncia conmoverá su sólida base; ninguna legislación penal o sentencia judicial restringirá su poder omnipotente, como lo testifican los vigorosos cadáveres de la Standard Oil Co. del Trust de Tabaco y de otras corporaciones desentrañadas y disueltas. Desafiando el clamor y la indignación populares, allí están como enormes gigantes enseñando socarronamente los dientes ante la impotente furia de los excitados pigmeos, y parando apenas mientes en la bien pensada sugestión de mi opositor, sobre que los monopolios "deben ser abolidos sin tardanza."

Los trusts han abolido completamente la anarquía industrial, levantando en su lugar el formidable trono de la autoocracia industrial.

(1) "The watering of stocks." No existiendo en español una traducción exacta ni aproximada, aplico la expresión de "papeles mojados" ya usada entre los que se dedican a asuntos financieros.—N. del T.

INIQUIDAD ECONOMICA

La ascendencia económica de los capitalistas los pone en aptitud de distribuir el producto anual de la nación entre sus habitantes. De seguro que no desempeñan esas funciones consciente o abiertamente; operan indirectamente, cada cual dentro de su propia esfera; pero el resultado colectivo del procedimiento significa una efectiva división de la riqueza, llevada a cabo periódicamente por la clase capitalista.

El plan bajo el cual la división se verifica, es extremadamente simple.

La población trabajadora, en conjunto, recibe un poquito más de lo que es absolutamente necesario para mantenerla en aptitudes físicas de desempeñar su tarea y capacitarla para reproducir la especie "obrero".

La diferencia es retenida por los capitalistas proveedores, como su justa participación en la riqueza "nacional."

Es este método de distribución de la riqueza el que eleva a nuestros millares de poderosos millonarios, el que erige nuestras orgullosas mansiones y esplendorosos centros sociales, y es este método también el que engendra a nuestros millones de indigentes con sus ignominiosas moradas, con su sociedad y sus harapos. A este sistema capitalista de la distribución de la riqueza, debemos nuestras bibliotecas, nuestros hospitales, nuestras misiones e instituciones caritativas de toda clase; también le debemos el pauperismo, el trabajo infantil, las enfermedades en las fábricas, la esclavitud blanca y muchas otras calamidades, además de sus dos hermanos gemelos: el vicio y el crimen.

El monopolio de la riqueza material envuelve inevitablemente el monopolio correspondiente en la educación y la cultura. Si el grado de civilización alcanzado por una comunidad va a ser medido no por la altura de la perfección alcanzada por los pocos, sino por la difusión general de la cultura entre las masas, en verdad que nuestra civilización moderna es un miserable fracaso.

Las grandes masas de la población participan hasta cierto límite de los beneficios prácticos de la ciencia moderna, pero las generales influencias culturales de los maravillosos descubrimientos científicos de tiempos recientes, pasan a su lado sin casi dejar huella. Millones de mineros y operarios viven todavía en la décimaquinta centuria; y en cuanto a las bellas artes, el teatro, la literatura, la música, la pintura, la escultura y todas las otras cosas que ennoblecen y embellecen la vida del individuo culto simplemente no existen para la vasta mayoría de la población, que carece de medios y de tiempo para cultivarlos.

Pero el efecto más desastroso en el sistema de capitalismo privado en la industria, es la división de la población en dos distintos grupos económicos y sociales, con intereses hostiles y encontrados. El sistema imperante sobre propiedad y manejo industrial, coloca al productor en contra del consumidor, al inquilino en contra del propietario, al operario en contra del patrón.

Yendo más allá en consecuencias sociales, es la guerra entre las últimas dos clases. Porque hay guerra y nada más que guerra entre el capitalista y el obrero, a pesar de la mentira convencional acerca de la armonía entre sus intereses económicos. Las utilidades del capitalista están en relación inversa al salario de los obreros y vice-versa. Mientras las industrias del país sean

operadas para el beneficio privado del capitalista individual, estos se esforzarán en obtener el máximo de trabajo, por el mínimo de retribución; y mientras el trabajo humano se considere como simple mercancía para ser vendida en el mercado al capitalista, el obrero se esforzará en salvar y conservar su única estimable posesión, y obtener por ella el más alto precio que pueda.

No hay mayor armonía entre el capital privado y el trabajo, que entre el lobo y el cordero. El capitalista moderno extrae sus utilidades por la fuerza de su poder económico: la propiedad de los instrumentos de trabajo. El trabajador moderno ejecuta su parte en el trabajo del mundo, bajo protesta. Cuando no declara la huelga o el boycott o destruye la propiedad de su patrón, presta refunfuñando sus servicios. Instintivamente odia a su patrón, porque siente que este le roba una gran parte de sus legítimos productos, valiéndose de un arreglo social artificial.

El patrón siente y teme ese odio, y permanece siempre alerta a las explosiones de tales sentimientos, preparado para sojuzgar las siempre anticipadas rebeldías de sus "manos", por medio de la inanición, reforzada al ser necesario, por los garrotes de la policía, los rifles de la milicia, o los mandatos judiciales. "Las contiendas industriales" no son la excepción, son casi la regla en las relaciones entre el patrón y el obrero. Nuestro desbarajuste industrial, mal llamado "sistema" opera bajo un estado de guerra industrial permanente, en la que los verdaderos productores de la riqueza son tratados como prisioneros de guerra. Esta general e implacable contienda social no es fomentada por malévolos "agitadores". Se afianza precisamente en la base del sistema

capitalista y constituye la más tremenda requisitoria en su contra...

Pero entre los anatemas que se conquista el orden existente, no son los únicos ni aún los mayores, los dirigidos contra sus errores económicos directos. Los contagiosos gérmenes del sistema infectan con su insidioso veneno, todos los órganos del cuerpo político. Porque, en resumen la moderna política en el municipio, en el estado y en la nación, está grandemente ligada a los negocios. Franquicias y concesiones para empresas de servicios públicos, tarifas para industrias manufactureras, inspección de ciertas empresas semi-públicas, regulación de cuotas y avalúos para otras, y reglamentos sobre empleos: todo esto constituye la más larga lista de asuntos a cargo de cada cuerpo legislativo, y toda legislación sobre materias tales, tiene un efecto directo sobre el libro mayor del capitalista.

De igual manera, los capitalistas se interesan vitalmente sobre el personal de los poderes ejecutivo y judicial. Los favores o las negativas de tales funcionarios, a menudo significan para ellos dolares y centavos. En consecuencia, en el interés de los grandes negocios hay un motivo práctico y directo para influenciar o controlar la política. Y en ello estriba la causa principal de todas las calamidades políticas contemporáneas. Los trusts nacionales, por medio de sus representantes individuales, suministran fondos para las campañas nacionales de los viejos partidos políticos, campañas que quedan en consecuencia, bajo su control; los principales ferrocarriles del estado proceden en forma igual en las campañas del estado; y de igual modo las empresas de tracción, de gas u otras de "servicios públicos," proceden en las campañas del municipio.

Bajo condiciones tales, la política viene a ser una profesión lucrativa ejercida por un grande ejército de profesionales, hábiles en el arte de traficar en las oficinas públicas, en los comicios, y en las resoluciones de los cuerpos legislativos. El grupo espartano de nuestros honrados pero simples estadistas, puede continuar ejercitando su ingenuidad en la elaboración de una ley sobre "Prácticas Viciosas" y en la perfección de las leyes fundamentales; y nuestros altruistas reformadores municipales pueden seguir en su tarea purificadora de la política local: pueden alcanzar aún el éxito en refrenar el descarado tráfico, estableciendo una más grande decencia exterior, como ha sucedido en la última campaña presidencial; pero la substancia se escapa a sus esfuerzos.

Mientras la política tenga una directa ingerencia en los beneficios privados, existirá siempre una alianza comercial entre el capitalista y el político, el primero teniendo siempre un incentivo para corromper, y el último traficando en su propia corrupción.

Y lo que es verdad sobre política, lo es igualmente con respecto a los efectos del capitalismo en todos los campos de la vida intelectual y espiritual de la nación. El estado general de la ilustración pública, determina, en último análisis, el desarrollo social y político del país.

El impulso natural y directo de todo individuo o grupo o clase de individuos es obrar en la forma que mejor conduce al beneficio de sus propios intereses. Pero para hacer efectiva su acción, sus intereses deben ser inteligentemente comprendidos. Si la mayoría del pueblo claramente percibiera sus necesidades y derechos, y se diera cuenta de su poder, ninguna minoría gobernaría jamás. El hecho de que en la historia todas las clases gobernantes pertenescan a la minoría, se explica facil-

mente por su habilidad para imponer al resto de la población las opiniones y nociones requeridas para conservar su dominio.

No quiere esto decir que el gobierno de una clase dominante haya estado siempre basado puramente en conceptos intelectuales; al contrario, siempre estos tuvieron apoyo en la bruta fuerza física en forma de poderosos ejércitos; pero, sin embargo, dependieron en última instancia de la sanción popular. En ausencia de esa sanción, las clases dominantes no pudieron ni reclutar ni mantener sus ejércitos indefinidamente.

Los capitalistas no son una excepción a esta regla histórica general. Constituyen una minoría en la población de todo país civilizado. Su dominio está basado en la propiedad de los instrumentos de trabajo, en las leyes que sancionan y protegen semejante propiedad, y en el gobierno organizado para dar fuerza a esa sanción y a esa protección, pero en una democracia política, las leyes se modificarán a cada cambio de la noción popular sobre la justicia y la conveniencia, y el gobierno es siempre un juguete en las fuerzas contendientes de los diversos intereses materiales. Para conservar su poder económico, los capitalistas necesitan retener su control político, y esto último presupone el apoyo de una mayoría del pueblo.

El capitalismo moderno se basa en la sanción popular, aun en mayor escala que las clases dominantes del pasado, pues que tal sanción necesita ser renovada y solamente confirmada, en períodos de pocos años, en las urnas electorales.

Es por eso que los capitalistas se encuentran vitalmente interesados en el estado de ilustración, en las doctrinas sociales y económicas, y en las concepciones

morales de sus conciudadanos; y no economizan esfuerzo alguno para modelar doctrinas y concepciones de acuerdo con sus propios intereses y nociones. La prensa el púlpito y la escuela, están grandemente bajo su influencia, si no es que directamente a su servicio.

La prensa diaria de mayor influencia, es poseída directamente por ellos, o está hipotecada a ellos o depende de ellos por medio del anuncio o de otras similares ligas de amistad; y en lo general, el editorialista vé naturalmente el mundo y sus problemas a través de los lentes de sus amos.

Las iglesias, especialmente las más grandes y más ricas, están igualmente sostenidas por los intereses monetarios, y sus ministros, en la mayoría de los casos, muy sincera e inocentemente interpretan la palabra de Cristo en la versión del superintendente de fábrica.

Las escuelas públicas sufren la misma influencia maligna que corrompe los consejos municipales; y los colegios y universidades son fundados, dotados o sostenidos por capitalistas benévolos, bajo la condición tácita de que la ciencia permanezca invariablemente respetable y respetuosa.

La existencia de escasa prensa "independiente" de tipos ocasionales de predicadores progresistas y radicales profesores de colegio, únicamente prueba que excepcionales vigorosos espíritus pueden sostenerse a pesar de la corruptora influencia de la presión económica del capitalista. Ellos justifican la esperanza del Socialismo, pero no mitigan los daños del Capitalismo.

En su réplica a este artículo, el Dr. Ryan asienta que la prensa, la escuela y la iglesia deben suministrar los remedios morales e intelectuales contra los males sociales de nuestros días y de nuestra generación. ¿Cómo

y porqué? Ese imperativo-categorico les ha sido impuesto durante muchas centurias sin efecto alguno visible. ¿Qué razón tiene mi optimista opositor para creer que respondan ahora a su demanda?

Me parece sobradamente claro que mientras las fuentes de la fé y de la instrucción populares y los órganos de la opinión pública estén monopolizados por los intereses privados del capitalista, servirán para el mismo fin, que la propiedad privada de los instrumentos de producción: para afianzar el dominio del capitalista.

Así, la más seria de las grietas en nuestra organización social puede rápidamente trazarse hacia un origen común: el sistema que confiere a un relativamente pequeño número de privilegiados individuos, la llave de la vida y del bienestar de todo el pueblo: las fuentes de riqueza y los instrumentos de trabajo. Esto les permite monopolizar la riqueza, el poder, la comodidad y la cultura, dejando a la mayoría de sus semejantes debatirse en la miseria, en la sujeción y en la ignorancia. Es este el desmoralizador, injusto, anárquico y corruptor sistema Capitalista.

Y no es una respuesta a la requisitoria Socialista, decir que con todos sus defectos la civilización moderna es superior a todas las condiciones del pasado.

La era moderna o capitalista ha introducido ciertos graves problemas sociales desconocidos en el pasado. Ha acrecentado los riesgos y la inseguridad de la población obrera, ha acentuado los contrastes sociales, y ha creado un nuevo poder social de imprecendente virulencia y amenaza: el poder del capital. Con todo, los Socialistas admiten gozosos que la vida es en la actualidad más propicia, aun para las masas, que lo fué en época alguna del pasado. La base real de su filosofía optimista descansa

en la realización del incesante proceso de mejoramiento del mundo.

Los Socialistas, sin embargo rehusan admitir que el sistema capitalista sea la perfecta y última forma de desenvolvimiento social y la última palabra de la historia. El criterio que informa su crítica no proviene de las condiciones del pasado, sino de la medida en que el presente ha aprovechado o dejado de aprovechar las fuerzas propulsoras de mejoramiento.

Cuando una nación es pobre en recursos naturales e inhábil en el arte de producir su propia subsistencia por medio de instrumentos y métodos apropiados, la suma de productos obtenida, no alcanzará naturalmente a la norma requerida para satisfacer las necesidades de todos sus habitantes.

Pero cuando un pueblo está dotado en abundancia de fértil suelo, bosques, minerales y otras fuentes de riqueza, y ha desarrollado un sistema perfecto de producción, transporte y distribución de mercancías, está en condiciones de atender a las razonables necesidades de todos sus miembros. En este caso, la miseria y la lucha brutal por el sustento o la riqueza, dejan de ser "naturales": son puramente artificiales, evidenciando una grave resquebradura en la organización del sistema industrial.

Los Socialistas sostienen que todas las naciones civilizadas modernas están ampliamente provistas de riqueza natural y que durante la última centuria el progreso en los maravillosos instrumentos de producción, en los medios de transporte y en el intercambio, ha acrecentado a tal grado la producción del trabajo humano, que todos los países están en condiciones de alimentar, ves-

tir y alojar a todos sus habitantes con perfecta comodidad.

La razón de que esto no sucede y de que las naciones más ricas presenten aterradoras escenas de privaciones y miserias en una gran parte de la población, se halla en el hecho de que en las sociedades modernas la riqueza no es creada en manera alguna para la satisfacción de las necesidades humanas, sino con el propósito de capacitar a un número de escogidos, comunmente llamados capitalistas, para acumular fortunas.

En otros términos, nuestro sistema industrial se encuentra organizado para el beneficio privado y no para el uso público.

El Socialismo se propone abolir el monopolio industrial capitalista y organizar y desenvolver en su lugar un sistema de industrias socializadas, a saber: un sistema por el cual las industrias importantes del país sean operadas por el pueblo, bajo formas racionales y democráticas de organización y manejo, para el beneficio de la comunidad y no para el provecho de los capitalistas individuales. El primer paso para tal sistema es la adquisición por el pueblo, a través de su gobierno, de todas las fuentes y elementos generales de riqueza y de los modernos instrumentos de trabajo. Más técnicamente expresado, el Socialismo propugna por la propiedad colectiva de todas las fuentes e instrumentos de producción de la riqueza, para ser operados bajo una administración democrática en beneficio de todo el pueblo.

II.—ES EXAGERADA LA REQUISITORIA SOCIALISTA; EL REMEDIO ES LA REFORMA SOCIAL.

El remedio para nuestros males sociales propuesto por el Socialismo, es en verdad más radical que el programa del reformador social. Pero la crítica Socialista no es más científica. No es científica en absoluto. Exagera los errores y defectos del orden existente, porque los considera sin referencia a los sucesos del pasado y a las posibilidades del presente y del futuro; porque atribuye a la naturaleza humana y a las instituciones humanas, una perfectibilidad que no está justificada por la experiencia; y por que considera demasiado simples los principios y procesos sociales.

La requisitoria de Mr. Hillquit en contra de nuestros métodos de producción de riqueza, puede resumirse en sus propias palabras: "la anarquía, reina suprema". A consecuencia de esta anarquía, tenemos: un enorme desperdicio de energía y de recursos; períodos alternados de sobra y de carencia de brazos; inenarrados sufrimientos para millones de seres humanos; concentración monopolizadora que ejerce "practicamente irrestringido dominio sobre el obrero tanto como sobre el consumidor, desafiando aún al mismo gobierno; y, finalmente, un sistema de distribución que concede a la población trabajadora un poquito más de lo que es absolutamente necesario para mantenerla en aptitudes físicas de desempeñar su tarea y capacitarla para reproducir la especie "obrero"; un sistema de distribución que engendra "millares de poderosos millonarios...y... millones de mi-

serables con sus ignominiosas moradas, con su suciedad y sus harapos.”

De estas aserciones algunas son verdades únicamente en sentido figurado; otras son tan solo verdades a medias; ninguna es propia o científicamente una verdad; y todas son engañosos.

a.—FIGURAS DE DICCIÓN.

La nación, dice mi opositor, está desamparada delante de los trusts.

¿Cómo ha podido saberlo? La fuerza de la nación a este respecto, no ha sido nunca puesta a prueba.

Durante el período de menos de veinte años en que los trusts estuvieron organizándose, ningún esfuerzo sistemático, comprensivo y persistente ha sido puesto en juego para abolirlos, controlarlos o disolverlos. Pretender que la disolución parcial de la Standard Oil Co., y de la American Tobacco Co., por medio de sentencia judicial, ha agotado el poder del gobierno, es desconocer una gran parte de sus recursos tanto en el campo de la prevención como en el del castigo.

Afortunadamente, tenemos ahora una administración nacional que no cree ni en la pusilánime doctrina de la omnipotencia de los trusts, ni en la enervante superstición de su eficacia, y esa administración utilizará empeñosamente e inteligentemente todas las fuerzas de la nación en contra de los “enormes gigantes” de Mr. Hillquitt.

Solo hasta que este plan haya llegado a un fracaso decisivo, su pesimista presentimiento de desamparo na-

cional, quedará dentro de los límites de una expresión literal y científica.

Otra aserción puramente figurada es la de que “la población trabajadora en conjunto, recibe un poquito más de lo que es absolutamente necesario para mantenerla en aptitudes físicas para desempeñar su tarea y capacitarla para reproducir la especie: ‘obrero.’ En consecuencia la clase obrera debe desaparecer con el tiempo, ya que sus filas no pueden llenarse indefinidamente con la clase media. Sería esa una solución a la lucha de clases.

Es un hecho que la mayoría de los asalariados contraen matrimonio y se reproducen. Prácticamente, todos los obreros hábiles y una gran parte de los inhábiles, adquieren remuneración suficiente para permitirse algún descanso, recreo y diversión; alguna educación, libros y periódicos; ciertos beneficios y filiación religiosos; y algún trato y provechos puramente “sociales.”

Aún la expresión de que tenemos millones de indigentes, es solamente figurada. Cuando el profesor Ely dió en 1890 el número de tres millones, y Roberto Hunter lo hizo subir a cuatro millones en 1904, usaban la palabra “indigente” en su sentido técnico, no en su sentido general. Trataban de estimar el número de personas que recibían sustento de la caridad en alguna parte del año, por corta que fuese. Desde luego que la gran mayoría de esas gentes sufrían esa penalidad por sólo muy corto período, no eran indigentes en la acepción general y ordinaria, ni su condición se aproximaba a esa horrenda miseria que en el ánimo del lector sugieren expresiones como las de Mr. Hillquitt.